Llegaría el silencio

Laura Rossi

El destino es una casualidad que se organiza.

Un país de revolucionarios sin revolución se lee en aquello que no se escribe.

Andrés Rivera

5 de septiembre de 1984

Llegan los primeros turistas a Olivares.

El Señor Intendente les desea una agradable estadía.

Agosto, 1984

1

Tiene el mapa sobre la falda, desplegado como un mantel sin cena. Le cuesta seguir las rutas en esa penumbra cada vez más espesa y achina los ojos por reflejo; ojos de linterna quisiera tener, sobre todo esas noches en las que el mapa no ayuda y el cansancio no da tregua.

El hombre al volante no saca los ojos de la ruta para saber qué está haciendo ella. Apenas balbucea un *dejá, Paula, no hace falta* porque quizás sabe, en el fondo, que es inútil: Paula debe haber percibido el cambio en el ritmo de su respiración y debe sospechar que él no va a aguantar mucho más con los ojos abiertos. A pesar de los años que llevan así, Paula sigue desesperándose un poco cuando la noche los encuentra tan a la intemperie. Al principio, la oscuridad era la zona en la que Paula dejaba de ser ella y se volvía un animalito encandilado por la ausencia de luz. Era la época en la que él tenía la certeza de que, si caían, iban a quebrarla como a una rama de nogal. Después de tantos años, Paula se había endurecido de algún modo pero la noche y la intemperie todavía la inquietaban aunque pretendiera que no; por eso, se aferraba al mapa, como si ese gesto fuera capaz de mantener despiertos a los dos.

La penumbra es piedra entre los ojos. Paula dobla el mapa por los mismos pliegues ajados de siempre, mira por la ventanilla y piensa que si cerrara los ojos, el paisaje sería el mismo pero no los cierra porque entonces no va a poder apuntalar el sueño y va a dejar solo a Horacio. Y no es momento.

Podría jurar que no es la primera vez que transitan esa ruta, aunque Horacio diga que sí, que es la primera, *vos te confundís porque antes no prestabas atención*. La llanura es traicionera y más de una vez la ha engañado. La llanura es una mala madre que les abre los brazos y les

patea los dientes al mismo tiempo; es el recuerdo de que alguna vez hubo, en esa tierra que no permitía ocultarse, algo que llamaba casa –nunca hogar; le hubiera gustado-, aunque ya le resulte imposible determinar su ubicación exacta o describir los cuartos y las cosas.

El Renault 12 jadea sobre el pavimento. Él también necesita un descanso. Paula cree que un día va a destartarse definitivamente a modo de protesta. No es que lo maltraten mucho, es que casi no le han dado descanso y las cosas también se erosionan, se quejan y pasan facturas. A veces, cuando las líneas del paisaje se funden monótonas y el zumbido del motor se hace pozo en su cabeza, ella no puede dejar de imaginar que, a lo mejor, los tres están queriendo perderse de una vez por todas o que, quizás, hace años que se han perdido.

Esa ruta que Paula creyó haber detectado en el mapa no parece llevarlos a ningún lugar que pueda vislumbrar. A lo mejor, donde había querido ver un pueblo, lo único que había era una mancha de café o de mate. El mapa está lleno de manchas y de falsas esperanzas, por eso Horacio hace años que no cree en él, aunque ella se aferre a ese pedazo de papel que, al principio, había sido tan imprescindible como el aire.

Un cartel al costado del camino. Horacio la mira como si quisiera corroborar que ella también lo ha visto. Ella no ha alcanzado a leerlo pero ya puede paladear la sensación de estar quietos, de bajarse, de estirar las piernas. Quizás hasta puedan conseguir una habitación de hotel, una cama con sábanas, un baño, un rato de silencio que le despegue de las orejas el ronroneo del motor. Paula vuelve a achinar los ojos y trata de divisar luces que no sean trampas de la luna ni reflejos: luces artificiales, bien eléctricas, que señalen la presencia de algo que no sea el campo boca de lobo que amenaza con tragarlos hasta el amanecer.

Nada. El Renault aminora la marcha y Paula se da vuelta para verificar que Horacio no se ha dormido. A pocos metros, le parece ver un camino que cruza la ruta. No sabe si ve luces o quiere verlas, pero Horacio volantea. El ripio renueva los sonidos. Siente las piedritas entre los dientes.

Imposible saber cuántos kilómetros han recorrido hacia adentro. Las entrañas de la madre pródiga se abren para mostrar que es toda una, que no esconde nada. Casas amontonadas: casas que, de lejos y en movimiento, parecen casas pero que bien podrían ser galpones, depósitos, gallineros. No hay luces donde debería. Paula presiente que Horacio va a detenerse en cualquier momento, que no va a buscar árboles donde guarecerse, que ya no puede sostenerse detrás del volante. Ella tampoco podría seguir, así que no se atreve a objetar nada ni a pedirle otro volantazo que los devuelva a la ruta.

Fundido a negro. Lo último que recuerda Paula es haber visto un cartel con el nombre de –supone- un pueblo. No sabe qué ocurrió entre la visión del cartel desteñido y esa otra que ahora le llena los ojos de sombras nuevas. No puede haber pasado mucho tiempo. Intenta convencerse de que se ha dormido porque esas fugas que empiezan a ser cada vez más frecuentes ponen nervioso a Horacio y a ella le dan miedo.

Nota que ya no se desplazan sobre ripio recién cuando sus ojos se acostumbran a esa penumbra iluminada. En el extremo de los postes que se suceden espaciados marcando las veredas, el resplandor de los focos no puede ganarle a la oscuridad. Horacio detiene el auto frente a lo que debe ser la plaza principal. No sabe qué hora es –las horas se le escapan como los días- pero siente que es demasiado temprano para que no haya ni un alma por las calles. Esperan durante un rato algún movimiento que no provenga de ellos mismos.

Se bajan. A Paula le tiemblan las piernas mientras intenta estirar los músculos. Le tiemblan como si hubiera llegado a pie hasta ahí. A Horacio, no. El cuerpo de Horacio resiste mejor, no se desvencija de a poco como el suyo.

Paula camina con lentitud hacia Horacio. Horacio, como nunca, aguza la mirada en dirección a la plaza. Les basta mirarse para corroborar que no se trata de un espejismo: en el centro de

la plaza, un paredón. Sobre su superficie, hay trozos de algo y se mueven al ritmo de la brisa que recién en ese momento empiezan a sentir en la piel.

Vuelven al auto. El calor que no ha llegado a diluirse los adormece a pesar de los temblores.

Los despiertan golpes de nudillos en el vidrio de Horacio. No es más que un muchacho y viste un uniforme que no se parece a ninguno que hubiera visto antes y, a la vez, a todos los uniformes del planeta. El muchacho en uniforme no espera respuesta y se aleja para hablar con otro con el que, además del uniforme, comparte el rictus. Parecen no ponerse de acuerdo. El que había golpeado la ventanilla camina, entonces, hacia la plaza. Paula vuelve a mirar la pared y tiembla hacia adentro. Horacio no se inmuta: su atención está en el movimiento. En los extremos del paredón, dos hombres en posición de firmes: los ojos bien abiertos y las miradas fijas y desenfocadas del sueño. Los ojos de Paula siguen el ir y venir del muchacho en uniforme de un extremo a otro. *Deberíamos habernos ido*, murmura Horacio y Paula lo oye sin replicar en voz alta. Sí, tendrían que haberse ido pero a esa altura ya sabe que es inútil pelear con los potenciales.

El muchacho en uniforme vuelve. Horacio baja la ventanilla. A ella no le hacía falta mirarlo de frente para saber que debe haber puesto la misma cara de turista perdido que, de tanto ensayo, se dibuja ahora en su cara sin esfuerzo. La voz del muchacho le llega rugosa, como de lejos. Le da la impresión de que no saben qué hacer con ellos pero van a jugar a que sí: una ordenanza municipal prohíbe la permanencia ociosa –ellos dicen ‘ociosa’- de dos o más personas dentro de un automóvil o de pie en la acera. Les sugiere que se bajen a desayunar en la confitería hasta que decidan qué rumbo tomar. Horacio siente y se palpa el bolsillo del pantalón como si, en ese gesto, pudiera contar los billetes que le quedan; la prioridad siempre era la nafta pero no es momento para titubeos. Descienden del auto y esperan que la cortina metálica del bar inicie su ascenso. El uniformado se aleja y no vuelve a acercarse.

Cada tanto, pasa algún auto, alguna chata. Una mujer de guardapolvo azul barre la vereda de lo que –suponen- debe ser una escuela. No la había visto llegar. Paula sabe que eso no puede ser una buena señal: los dos han bajado la guardia por completo. Horacio también la observa como si recién la hubiera descubierto. Los uniformados deambulan por las veredas, siempre alrededor de la plaza. Paula calcula que no tendrán más de veinte años, aunque nunca ha sido buena para adivinar esa clase de cosas.

El chirrido metálico de la persiana corta de cuajo el sopor visual que amenaza con sumergirla de nuevo en el sueño sólido que, a pesar de todo, le pesa en los párpados.